

cho. Los días de gran revista, suele montar desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde.

Á las once nuevas conferencias con los altos funcionarios y audiencia general. En estos recibimientos, Guillermo II se esfuerza en hacerse agradable á las personas que vienen á ofrecerle sus respetos, y en demostrarles su consideración. Para esto llama en su ayuda á la indumentaria.

Si ha de recibir, por ejemplo, á un marino, se viste de almirante; si á un ministro extranjero, en traje de general del país correspondiente, ó bien ostentando una condecoración que á él pertenezca. Consecuente con este sistema, no tiene pereza en cambiar de traje todas las veces que sea preciso.

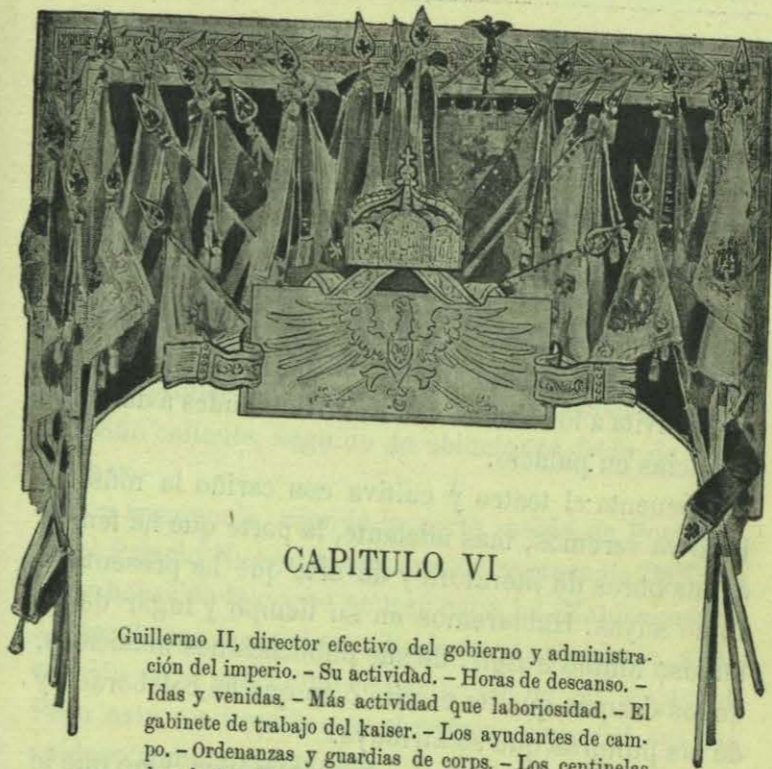
Á las dos, el kaiser va nuevamente á ver á sus hijos y come en familia.

Después sale: visita á los altos personajes para tratar con ellos de asuntos de Estado; inspecciona los cuarteles; va á los talleres de los grandes artistas, muchas veces para servir de modelo para un cuadro ó un busto.

Á las seis y media vuelve á dedicarse de nuevo al despacho de los asuntos de Estado, y á las siete hace su segunda comida, en familia también.

Poco después de terminada, vuelve á trabajar un rato. Luego se dedica á diferentes *sports*, especialmente á la esgrima, en la cual sobresale notablemente.

Su hora habitual de acostarse es á las diez, después de tomar una pequeña colación. Pero en una mesa, junto á la cama, tiene siempre dispuesto papel y lápiz, para apuntar lo que pueda ocurrírsele durante el insomnio.



CAPITULO VI

Guillermo II, director efectivo del gobierno y administración del imperio. - Su actividad. - Horas de descanso. - Idas y venidas. - Más actividad que laboriosidad. - El gabinete de trabajo del kaiser. - Los ayudantes de campo. - Ordenanzas y guardias de corps. - Los centinelas de palacio. - Una aventura de Vanderbilt. - Felicitación monstruosa. - Discurso de Guillermo á los reclutas de Potsdam. - Más sobre el Palacio Nuevo. - El gabinete particular del emperador. - Colección de retratos femeninos. - La sala de Mármol. - El salón de lectura. - El tocador de Guillermo. - El baño del rey Leopoldo. - El ropero imperial.

La anterior descripción de una jornada del kaiser no da más que una idea débil de la actividad de este trabajador infatigable. Para formársela más exacta hay que tener en cuenta que su papel de director efectivo del gobierno y administración de Prusia y del Imperio germánico, no se limita á estudiar los asuntos en su gabinete y despachar con sus ministros. No solamente elabora proyectos, sino que los defiende como orador, en aquellas reuniones en donde á su dignidad imperial

le es dado hacerlo. Así ha recorrido toda Alemania, apoyando con su palabra leyes sobre agricultura y sobre aumento de créditos para la marina, presentadas por su gobierno. En cuanto se refiere á reformas militares, interviene con gran empeño.

Á pesar de esta dedicación al gobierno de su país, sabe encontrar tiempo para sus aficiones literarias, artísticas y deportivas. Lee mucho: se jacta de estar al tanto del movimiento intelectual del mundo; y á menudo invita á los sabios de las universidades á dar conferencias en palacio.

Frecuenta el teatro y cultiva con cariño la música. Pero ya veremos, más adelante, la parte que ha tenido en las obras de literatura y de arte que ha presentado como suyas. Hablaremos en su tiempo y lugar de su famoso himno á *Egir*, de sus publicaciones musicales, de los dramas que ha escrito ó en que ha colaborado y de las pinturas que se atribuye.

No se contenta con ser autor dramático, sino que le gusta también tomar parte en la representación de las obras, siendo especialmente aficionado á desempeñar papeles de sus antepasados los antiguos reyes de Prusia.

Caza mucho: á pesar de tener defectuoso el brazo izquierdo, es un gran tirador. Y como viajero es incansable. Él mismo dirige su yate.

Esta gran multiplicidad de acción, exige indudablemente cualidades naturales ó adquiridas merced á la educación; pero obedece sobre todo á la idea que el kaiser tiene formada sobre su misión.

Como soberano de Alemania, quiere personificar todas las actividades de carácter más elevado que han de constituir la vida de este imperio.

En los boletines relativos á la distribución de las horas del monarca, que diariamente se imprimen para conocimiento de la corte y de la prensa, se nota un intervalo de un par de horas inocuadas entre el almuerzo y la comida. Estas horas las dedica Guillermo al descanso, sin querer que el público se entere de su necesidad de reposo.

Después de almorzar, el kaiser se retira generalmente á su tocador, donde se echa en su camita de muchacho y duerme una hora ó dos. Al despertar, toma un baño caliente, seguido de abluciones frías de agua de mar.

Con frecuencia, cuando la corte reside en Potsdam, en el Palacio Nuevo, el emperador regresa de Berlín á altas horas de la noche en tren especial. Naturalmente, á tales horas, todo el mundo duerme en palacio, á excepción de la servidumbre particular de Su Majestad. Pero esto no impide que el regreso imperial sea tan ruidoso como en pleno día.

Los caballos y el carruaje del kaiser producen gran estrépito al entrar; los centinelas aclaman al soberano y aumentan el ruido dando con los fusiles contra el pavimento. Senescales, ayudantes de campo, secretarios y lacayos acuden á la llegada del emperador. Enciéndense todas las luces de palacio. Cuando el amo vela, nadie debe dormir.

Á veces Guillermo II vuelve de Berlín en coche tirado por cuatro caballos. Estos regresos asustan siempre á la pobre emperatriz. Con el tren imperial se viene directamente de la ciudad, mientras que con los cuatro caballos húngaros, el emperador puede detenerse donde se le antoje.

Cuando Guillermo se ausenta, sea por poco ó por mucho tiempo, nunca contesta él mismo á las cartas de la emperatriz. Los encargados de este trabajo son los oficiales de servicio ó los ayudantes de campo, quienes escriben, generalmente, misivas de este tenor: «Su Majestad ha llegado sano y salvo,» ó bien: «Su Majestad ha matado tantas liebres y tantos jabalíes.»

En cambio, la emperatriz escribe cada día á su ilustre esposo. Pero no queriendo éste perder un tiempo precioso en la lectura de las cartas de Augusta Victoria, las guarda para leerlas todas de una vez durante su regreso.

Una de las lecturas que más le divierten es la de los periódicos y revistas que hablan de él, la mayor parte de las veces, en plena fantasía. Los cronistas officiosos se encargan de historiar los actos de su vida *ad usum populi*. Á juzgar por lo que de ella dicen autores como Bigelow, esa vida, de la cual Guillermo sólo se cree obligado á dar cuenta á Dios, no es más que una ruda labor para el bien del país y la paz de Europa.

Lo cierto es que Guillermo cree que vino al mundo para llenar esta alta misión; y la de Bigelow y consortes consiste, precisamente, en mantener al público en la creencia de que Su Majestad se esfuerza en labrar la felicidad de los alemanes, consagrándose á una vida de trabajo á menudo penosa. Hasta cuando escribe un drama ó compone una pieza de música, sus historiográficos oficiales presentan esta labor como un acto que concurre al cumplimiento de aquella alta misión.

La verdad es que no todo es penoso en la vida de Guillermo, y que su actividad inquieta y algo teatral dista algo de ser, toda ella, verdadera laboriosidad.

Se levanta, como hemos dicho, bastante temprano; toma su baño y luego su desayuno, cosas, en verdad, no muy fatigosas. Sale después á paseo en un caballo previamente rendido de cansancio para evitarle accidentes. Toma un segundo desayuno. Escucha, arrellanado en su sillón, informes bien redactados. Almuerza; duerme la siesta; asiste á tal ó cual revista..., en coche; charla agradablemente con la oficialidad antes del *lunch*; asiste á tal ó cual comida, animada por hombres de talento y por mujeres guapas; pasea en carruaje; hace una partida de tennis ú otro sport, y, por la noche va al teatro ó á alguna recepción.

Á veces, el emperador reemplaza esta *laboriosa* jornada por una cacería ó por un paseo por los lagos de Havel.

En circunstancias extraordinarias, se digna personarse en la cancillería del imperio ó asistir á algún ensayo teatral para dar sus augustos consejos á los artistas.

Por lo tanto, la verdadera labor no es siempre para el amo, sino para sus servidores, llámense Bismarck ó Caprivi, von Miquel ó Bülow.

«Quisiera que hubieseis visto á mis ayudantes de campo sin resuello y rendidos después de media hora de esgrima, mientras que yo estaba tan fresco como si saliese del baño», es una de las jactancias más frecuentes del emperador. Pero omite decir que al paso que él no lleva más que una chaqueta de hilo, sus ayudantes van de uniforme, con sable al cinto. Además, en la lucha, los adversarios del kaiser tienen que guardarse muy bien de aventajarlo, porque les pesaría.

Como el Reichstag interviene en los negocios públi-

cos, Guillermo tiene que contentarse con dos ayudantes de servicio.

Estos oficiales, como los demás miembros de la casa militar, representantes de todas las armas, no se separan casi nunca del emperador.

Doquiera se encuentre la corte, su oficina ocupa una de las piezas inmediatas al gabinete de trabajo del emperador. También se instala junto á este gabinete el cuerpo de ordenanzas.

En el Palacio Nuevo, el despacho imperial se halla situado en la planta baja, enfrente del cuartel del batallón de Lehr. Es una pieza pequeña y triste, amueblada con varias mesas de escribir y sillones de damasco encarnado.

En la sala de ordenanzas, permanecen día y noche tres lacayos de los llamados *cazadores*, tres gendarmes y varios soldados del batallón de Lehr. Estos cazadores se estiman en algo más que los lacayos ordinarios. La corte de Prusia los emplea dentro y fuera de palacio, en el pescante y en la caza, y principalmente para mandados. Este servicio se ha imitado en toda clase de establecimientos públicos, extendiéndose á Francia y á otros muchos países.

Los gendarmes de corps forman parte de un batallón selecto, destinado al servicio especial del emperador. Ni en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra prestan servicio general en el ejército. Por esto cada año el Reichstag trata de suprimirlos, so pretexto de que los oficiales y soldados de esta guardia no son más que simples lacayos.

Las atribuciones de estas diferentes clases de servidores se hallan estrictamente deslindadas. Las visitas

que vienen exclusivamente para el emperador son recibidas por los cazadores. Si son personas de distinción, se las introduce inmediatamente en la sala de los ayudantes de campo. Si son proveedores, se avisa á los ayudas de cámara de Su Majestad. Los ordenanzas atienden á las visitas militares. Cada gendarme de servicio tiene siempre en la cuadra un caballo ensillado, pronto á ponerse en camino para llevar algún parte. Completan el servicio de estafeta varios ciclistas de los regimientos de infantería. Cada ayudante de campo está de servicio dos días y dos noches por semana; se les considera entonces de igual categoría que los altos funcionarios de la corte, y como tales tienen coches y caballos á su disposición.

Las habitaciones de los ayudantes se hallan en el ala meridional de palacio, cerca del departamento de Federico el Grande. Cada oficial ocupa un simple cuarto, con un gabinetito inmediato para su asistente.

Sólo en ausencia de Sus Majestades se permite visitar el Palacio Nuevo de Potsdam, y la regla es inflexible. El mismo William K. Vanderbilt, el multimillonario americano, no pudo forzarla. El caso ocurrió en 1891 y se comentó mucho en la corte. Vanderbilt llegó de Berlín por la carretera principal y su carruaje iba á pasar una de las verjas de entrada, cuando el centinela que estaba allí de guardia y vió que el cochero no llevaba la librea imperial, detuvo los caballos preguntando á la visita si llevaba una carta de admisión.

—Es un amigo de Su Majestad— dijo con magnífica entereza Hartog, el mensajero de Vanderbilt.

Estas palabras no produjeron efecto alguno en el soldado, que repitió con mayor energía:

—¡Vuestro pase, caballero!

—¡Pero hombre!,—añadió Hartog,—el señor es mister Vanderbilt, el billonario americano.

Á la palabra *americano*, el centinela levantó el fusil y se puso á la defensiva, pues su teniente le había enseñado que la América era una de esas despreciables repúblicas que no tienen rey, ni príncipe, ni ejército; y, dirigiéndose al auriga, le dijo en tono solemne:

—Cochero, por última vez, retiraos ó hago fuego.

Y estuvo apuntando á los intrusos hasta que el carruaje se hubo alejado en medio de una nube de polvo. ¡Sabe Dios lo que hubiera sucedido si Hartog hubiese tratado de forzar la consigna á fin de complacer á Vanderbilt! Todos los centinelas de palacio están bien armados, y cuando hacen fuego no yerran el tiro. La condesa de Eppinghoven afirma en sus memorias que Guillermo II felicitó públicamente á un centinela que había muerto á un pobre diablo.

«Su Majestad, dice, le hizo colocar delante de las tropas, le estrechó la mano y le manifestó su gratitud añadiendo:

—Estoy orgulloso de teneros á mis órdenes, pues sois un soldado obediente y valeroso. Una abnegación como la vuestra será siempre bien vista por mí.

Este incidente fué muy discutido en la corte.»

Un mes después, Guillermo II pronunció su famoso discurso á los reclutas de Potsdan, que prestaban juramento.

Los periódicos de la época dieron de este discurso la versión siguiente: «Muchachos de mi guardia, sois ahora mis soldados y me pertenecéis en cuerpo y alma. Habéis jurado obedecerme en todo. Debéis seguir mis

órdenes sin murmurar. De hoy en adelante, no tenéis más que un enemigo, y ese enemigo es el mío. Y si un día os ordeno,—¡quiera Dios que nunca tenga yo que llegar á tal extremo!,—si os ordeno hacer fuego contra vuestra propia familia, contra vuestros hermanos,



Guillermo II pasando revista á uno de sus batallones preferidos

contra vuestros padres, recordad vuestro juramento.»

En tales términos citado, este discurso ya es atroz. Sin embargo, no es nada comparado con el borrador que la misma condesa de Eppinghoven afirma haber tenido ocasión de leer en el despacho del emperador.

«He aquí lo que vi, dice, escrito de puño y letra—esa redondilla grande—de Guillermo II:»

«¡Reclutas! ¡Acordaos siempre de que el ejército alemán debe estar pronto á combatir á los enemigos que pudieran surgir entre los nuestros, tan terribles como

los del extranjero. Hoy, la incredulidad y el descontento se extienden rastreramente por el país en un grado hasta ahora desconocido. Por consiguiente, podéis ser llamados de un momento á otro á tirar contra los miembros de vuestra propia familia, ó acuchillar á padres ó hermanos. Mis órdenes, en esto, deben ser ejecutadas enérgicamente y sin murmurar, como toda orden que yo os dé. Debéis cumplir con vuestro deber sin escuchar la voz de vuestro corazón. Y ahora, á vuestras nuevas obligaciones!»

Pero volvamos al Palacio Nuevo. De las doscientas piezas de este palacio, Sus Majestades ocupan cincuenta y ocho, constantemente cerradas para el público.

Si se las pudiese visitar, se vería que el emperador abandona á la emperatriz los muebles más hermosos y las curiosidades más preciosas que varias generaciones de Hohenzollern han coleccionado.

El gabinete particular del emperador es una vasta pieza, elevada de techo, con las paredes tapizadas de damasco verdeclaro. Todo el mobiliario está forrado de la misma tela, tan usada en algunos sitios que parece manchada. Al lado de la puerta que da al salón de recepciones hay una de esas inmensas chimeneas de mármol que tanto abundan en el palacio, y que el parsimonioso Federico II encargó, al por mayor, cuando hizo construir el edificio. La adornan un reloj y dos candelabros de bronce de escaso valor artístico. Junto á la chimenea se halla el bufete del kaiser, mueble enorme y falto de elegancia, que se parece á todos los bufetes alemanes. El emperador se sienta de espaldas á la ventana, y tiene á su derecha una ancha puerta de dos hojas que da al tocador que precede á la cámara imperial.

Frente á la chimenea, llaman la atención de los inteligentes dos grandes muebles que, según los registros de palacio, fueron fabricados por Carlos Boule en persona. Uno de estos muebles sirve de estante á Guillermo para sus papeles oficiales.

Sobre las mesas y papeleras del despacho hay una infinidad de dibujos al lápiz, marinas, croquis y fotografías de mujeres hermosas, unas con marco y otras sin él.

Las mujeres que estas fotografías representan, visten los trajes más variados, y algunas de ellas no visten ninguno.

De todos estos retratos, el que Guillermo parece preferir, pues nunca se separa de él, representa á la duquesa de Aosta, Lætitia Bonaparte, con el busto cubierto únicamente con un magnífico collar de perlas. El emperador explica su preferencia por este retrato diciendo que le recuerda á la emperatriz Josefina, tía mayor de la princesa. Inútil es decir que esta explicación no ha convencido nunca á la emperatriz Augusta Victoria, la cual, más de una vez, ha oído á su augusto esposo pronunciar en sueños el nombre de la duquesa.

Los demás retratos favoritos de Su Majestad son los de la gran duquesa Wladimir, de lady Dudley, de María de Edinburgo, de la reina madre de Inglaterra, entonces princesa de Gales y de la señorita Bükklin. Esta última, hija de un general prusiano, es una bellísima mujer, que el kaiser admira mucho; tiene que enviar á éste una prueba de cada nueva fotografía suya.

Delante de un sofá, hay una admirable mesa de marquetería con incrustaciones de un modelo sin igual, que perteneció á Federico el Grande, único monarca prusiano de quien puede decirse que tuvo buen gusto.

Para completar el inventario de la estancia, hay que citar tres ó cuatro butacas, un espejo de grandes dimensiones colocado sobre una consola entre dos ventanas, una araña de cristal y una cama de campaña (chaise-longue) cubierta de almohadones.

Este mueble, demasiado corto y demasiado estrecho, recuerda los bancos de la galería de cuadros de Sans-Souci, hechos intencionadamente incómodos para que, en ellos, los pajes del rey no pudiesen abandonarse fácilmente al sueño.

La puerta que da al salón de recepciones está ricamente dorada. De esta pieza, poco práctica, el emperador no se sirve más que para ir al salón de Mármol. Los amigos y las visitas son generalmente recibidos en el salón de lectura, situado en la planta baja y así llamado porque los ministros leen allí sus informes y reciben las órdenes ó escuchan las apreciaciones del kaiser sobre los negocios del Estado.

Volvamos á pasar por el gabinete de Su Majestad y entremos en su tocador, que se encuentra encima del cuarto en que murió el emperador Federico. La tapicería, los muebles y las alfombras son casi idénticos á los del gabinete de trabajo. Las ventanas miran á dos cuarteles.

En una alcoba, opuesta á las ventanas, hay una camita de cobre, con somier, colchón de clin, sabanas, mantas de lana y almohadas de gamuza. Á la izquierda de la alcoba está la puerta que conduce al dormitorio de Sus Majestades, y á la derecha un inmenso armario empotrado en la pared, que contiene la ropa blanca del emperador. Esta ropa, como ya se ha dicho, no es muy abundante. Mas no falta la media docena de camisas

históricas que todo monarca ó príncipe prusiano debe tener. Pero, ¡detalle horrible!, estas camisas carecen de puños. El emperador los lleva postizos como cualquier pobre oficial. Los calcetines de Su Majestad son en general listados castaños y amarillos, y nunca hay más de una docena en danza.

Es de creer que las reglas de la casa Hohenzollern no limitan el número de pañuelos, porque el armario contiene una infinidad, marcados con la corona imperial sobre una W, como toda la ropa del kaiser.

El lavabo, mueble de respetables dimensiones y de buen aspecto, ocupa gran parte de la pieza. Es de madera ligera con un imponente mármol cargado de utensilios de plata y frascos de cristal. Ningún soberano alemán tuvo jamás un tocador tan espléndido y bien provisto como el de Guillermo II. Éste, que fué educado por su madre conforme á los principios de la higiene inglesa, es la pulcritud personificada. Los criados constantemente le están subiendo agua caliente ó fría; porque en aquel tocador tan magnífico falta lo esencial, que es el agua.

Un día en que una dama de palacio leía á la emperatriz un artículo de revista en que se contaba que en América no hay un cuarto de hotel mediano que no se halle abundantemente provisto de agua fría y caliente, Augusta Victoria exclamó:

—¡Ah! ¡si el emperador, mis hijos y yo, disfrutásemos de esa comodidad, me figuraría estar en el Paraíso!

Guillermo II no se sirve más que de una clase de jabón, lo mismo para sus abluciones que para el baño y la barba, y exige que figure en todos los lavabos de su casa; detalle que prueba su carácter autoritario.

La bañera de Su Majestad contrasta con su lujoso lavabo y, en todo el palacio, la instalación de los baños es muy defectuosa. Á este propósito se cuenta la anécdota siguiente:

En 1890, el rey Leopoldo devolvió á Guillermo II la visita que éste le había hecho en Ostende. El mayordomo, conde de Liebenau, sabía, por su colega de Bruselas, que el rey de Bélgica tomaba un baño caliente todas las mañanas. Entonces no había en Potsdan más que un solo palacio para alojar al ilustre huésped de Su Majestad: el Palacio de Estado; y éste no contenía más que una sala de baño, situada en las habitaciones donde



El conde Liebenau

las princesas prusianas pasan su primera noche de bodas y donde no se permite entrar á nadie.

El pobre Liebenau, desesperado, no sabía qué hacer. Por fin, se le ocurrió instalar en un gabinete contiguo al cuarto destinado á Su Majestad belga una bañera relativamente moderna, la cual se llenaba de agua fría por medio de un aparato consistente en un grifo sencillo. Había de calentarse con un aparato de gas colocado bajo el extremo inferior de la bañera.

Leopoldo, á quien habían divertido mucho las fiestas de la víspera, se levantó de muy buen humor y quedó encantado al ver que habían previsto sus menores de-



GUILLERMO II EN UNIFORME DE HÚSARES DE LA GUARDIA DE CORPS

seos respecto al confort. Metióse sin recelo alguno en el baño, precisamente por el lado que el gas acababa de calentar.

Al mismo tiempo resonaron en todo el palacio terribles gritos. Al oírlos, los centinelas que estaban de guardia delante de la verja de entrada, asustados, dieron el grito de alarma, y docenas de funcionarios y criados corrieron hacia las habitaciones del rey.

Los gritos no cesaban. El conde de Liebenau, el ayudante de campo de Su Majestad y el intendente de palacio se armaron de valor y penetraron en la sala de baño, donde, con gran asombro, encontraron á Leopoldo bailando una danza extraña y pidiendo *cold-cream* á gritos, en francés y en alemán.

Este cómico incidente no se divulgó hasta después de la destitución de Liebenau del cargo de mayordomo de palacio, pues ningún criado se atrevió á decir una palabra mientras el conde estuvo en funciones, y el rey, naturalmente, se abstuvo de quejarse. Á consecuencia de la escaldadura, Leopoldo, al día siguiente, no montó á caballo para pasar la revista organizada en su obsequio, y tuvo que contentarse con ver la ceremonia desde su ventana.

El ropero del kaiser es un verdadero museo. No es de extrañar; Su Majestad posee un uniforme por cada uno de los trescientos regimientos prusianos de infantería, caballería y artillería, sin contar los uniformes de los contingentes bávaros, wurtembergueses y sajones, amén de los regimientos austriacos, ingleses, rusos, rumanos, españoles y turcos que lo han nombrado coronel.

Tan magna colección de trajes requiere locales es-

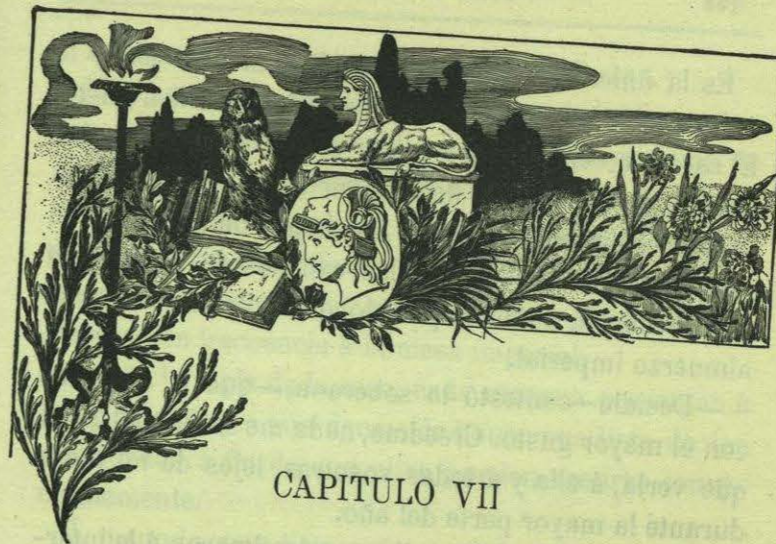
paciosos; sólo los uniformes extranjeros ocupan dos cuartos vastísimos.

Como se ve, Guillermo II no imita en todo á Federico el Grande, cuya ropa exterior, incluso los calzones y las botas que llevaba en Rosbach, fué vendida á un preñero por trescientos táleres (1).

Además de los uniformes militares, el kaiser posee una infinidad de trajes de paisano, ordinarios y especiales de *sport*, y una inmensa variedad de sombreros, guantes, corbatas y calzado.

En el Palacio Nuevo, los uniformes prusianos ocupan una pieza inmensa, en la que hay constantemente de guardia dos ayudas de cámara, prontos á secundar á Su Majestad en sus frecuentes y rápidas transformaciones.

(1) Táler, moneda de Alemania equivalente á tres pesetas, cincuenta céntimos.



CAPITULO VII

La mesa imperial. - El desayuno. - Quejas de la emperatriz. - Apuros del mayordomo de palacio. - Las comidas. - Platos favoritos de Guillermo. - Cuchillotenedor. - Bebidas usuales del kaiser. - Las bodegas de palacio. - Comidas tarifadas. - Lista civil. - Fortuna personal del emperador. - Guillermo II industrial y comerciante. - Afición de los Hohenzollern á la crónica escandalosa y á la literatura pornográfica. - La *Tassen Zimmer*. - Recepciones en la corte. - Cómica aventura de la condesa de Arnim. - Egoísmo y arrogancia del kaiser. - Comparación desventajosa para éste. - Las grandes fiestas de la corte. - La servidumbre de palacio. - Su organización. - Complicaciones y extravagancias en la administración de la casa imperial.

Ya hemos dicho que Guillermo II es madrugador, y por esta razón se desayuna temprano, solo con la emperatriz.

Ésta prepara y sirve en persona el café á su esposo, pues ningún criado es admitido á aquellas horas en el lindo comedor particular de los soberanos, tapizado de seda gualda y adornado con varios cuadros de Watteau, Pesne, Lancret y otros maestros de la pintura.

El desayuno es copioso: además del café, se compone de huevos, fiambres, pescado, jamón, confituras y otras viandas.